

EN ALGÚN LUGAR DENTRO DE MI MISMO

Gilbert Arturo Rojas Rigaud

GILBERT ARTURO
ROJAS RIGAUD

EN ALGUN LUGAR DENTRO DE MI MISMO

"TODOS DEBEMOS HACER ESE VIAJE ALGUNA VEZ,
ESE EMOCIONANTE VIAJE AL UNIVERSO QUE HAY
DENTRO DE NOSOTROS MISMOS"



Capítulo 1

ORÍGENES

"¿Por qué las personas se alejan? ¿Por qué yo también me alejo? ¿Por qué no puedo retener una amistad? ¿Por qué no puedo terminar un proyecto cuando lo comienzo? ¿Por qué he fracasado en donde otros han tenido éxito?".

La luz era tenue y el frío tímido que emergía de entre las paredes parecía ser igual. Ángelo se hacía algunas preguntas antes de comenzar su terapia. Necesitaba estar seguro de que es eso que iba a buscar, para saber cómo enfrentarlo, con cual método solucionarlo, y si era que acaso tenía solución.

La mente humana es compleja; lo que nos hace ser individuos complejos. Y no estamos hablando de esa complejidad en cuando al diseño como seres excepcionales, únicos en el planeta, que de vez en cuando imaginamos que somos únicos en todo el universo. Imitamos a Dios, en nuestros frustrados intentos fallidos, pero no podemos socializar armoniosamente con otros seres parecidos a nosotros, o que intentan serlo.

Eso era algo que Ángelo tenía claro, y necesitaba encontrar el origen de ese problema, ya sea fuera o dentro de sí, en cualquiera de esos rincones inhóspitos, inexplorables, de esa parte tan confusa de todo su cuerpo: su mente.

El Psicólogo, era paciente. También era parte de aquel escenario que, en silencio, ceñía su temple buscando respuesta antes de comenzar.

El sillón aguardaba, y luego de mirarse en el espejo, Ángelo, se recostó en él. No sin antes decir unas palabras más:

"Hoy Emmy me dijo que quería ver un loquero. Le pregunté que para qué. Ella se rio y me dio la espalda. Luego le dije que podía hablar conmigo, después de todo somos una pareja que nos comunicamos todo, o por lo menos eso pienso yo".

De momento hubo un largo silencio. Nada ni nadie opinó sobre aquellas palabras.

El escenario, estaba listo.

"Tronaré mis dedos tres veces, e iré contando en cuenta regresiva de diez a cero, cuando escuches el tercer tronar de mis dedos comenzará ese

viaje dentro de ti, relájate y respira profundo".

Pronto el silencio abordó el lugar, nueva vez. Y el frío fue menos complaciente. Un reloj zigzagueaba, colgado en la pared y, repentinamente, se detuvo.

Pero no fue lo único que se detuvo en ese instante: Se detuvo el latido; se detuvo la respiración; se detuvo la luz que se colgaba desde el techo y que se reflejaba en el rostro de Ángelo. Se detuvo la mirada y en ese instante, cuando ya todo se sentía como que se perdía, el último chasquido de los dedos regresó la conciencia, allí, en la dimensión de la inconsciencia.

Ángelo, abrió los ojos, ya no sentía ese frío que era parte íntegro de la decoración de aquel consultorio. Observó el reloj, detenido y pronto una niebla de dudas invadió su mente. La luz, antes tenue casi desapareció y, por un segundo, Ángelo, tuvo miedo.

Entonces se colocó sobre sus pies. Miró el sillón vacío, en donde imaginó que estaba el Psicólogo. Luego volvió su mirada hacia el sillón donde imaginaba que estaba él, y allí pudo verse, recostado, en su transe, listo para comenzar el viaje, y entonces, escuchó una voz.

"Relájate. No tengas miedo. Respira con calma".

Ángelo buscaba el origen de la voz pero solo podía verse a sí mismo recostado en el sillón. En aquel momento sintió que le faltaba la respiración.

"Respira, con calma", dijo la voz.

Y a la sazón, distante, vio como su cuerpo obedecía y sentía dentro de sí la respiración.

Aún no lograba ver de quien era la voz que le hablaba, pero ya se sentía seguro, más calmado. Lentamente se sentó en el sillón en donde imaginaba que estaba el Psicólogo pero que estaba vacío. Volvió a mirarse. Una duda lo invadió.

"Tengo que irme, pero, ¿a dónde iré? estoy en el mismo lugar, nunca imaginé que cuando estuviera dentro de mi cabeza estaría en este consultorio".

De inmediato, luego de decir para sí estas palabras, Ángelo se levantaba de la silla y caminaba en dirección a la ventana. Miraba por ella. No lograba ver, más que una densa niebla que ocultaba todo el entorno de aquella ciudad, o de lo que Ángelo, en su estado dimensional, imaginaba

que era.

Fue cuando dio unos pasos atrás y volvió su mirada hacia la puerta. Sintió el deseo, luego la necesidad de abrirla. Procuró unos pasos hasta ella y tomó en su mano el manubrio. Lo pensó. Pero no le abrió.

"No temas, ábrela", decía la voz, "si te quedas encerrado aquí no encontraras nada, no encontraremos nada, cruzar la puerta es el primer paso para que podamos escalar tus niveles de conciencia".

Aún con el manubrio en su puño, meditaba. Volvió su mirada una vez más para el sofá en donde estaba recostando su cuerpo. Fijó la vista en su propio rostro y se vio sonreír. Entonces, detenido en la puerta, asentó su cabeza, dándose respuesta a sí mismo, y sin pensarlo más, tiro de ella, tímidamente.

Una intensa luz se iba abriendo camino por la ranura de la puerta y entró sin preguntar una vez que la puerta ya estaba abierta toda. Cubrió todo el entorno de aquella habitación. Ángelo, se fundió en ella, en la luz, y no lograba verse ni a sí mismo.

Capítulo 2

RESONANCIA

Ángelo por fin daba su primer paso y cruzaba la puerta. Pero no lograba ver en donde afirmaba su pie. Todo era luz. En cierto modo aquella luz le hacía sentir un poco más seguro y, es quizás por este mismo hecho que tuvo valor para dar el segundo paso. Ya estaba fuera del consultorio. Unos pasos más y era definitivo, el viaje, comenzaría.

De inmediato, y como si se le escapara de su mano, la puerta se cerró. Y aquella intensa luz desapareció al mismo instante que la puerta se cerraba, era como si la luz fuera absorbida por la habitación. Ángelo miraba atrás, una vez más y en ese segundo pensó: "Ya estoy lejos de mí mismo". Pero caído el pensamiento la voz le respondía "yo seré tu guía, tú solamente dime cada detalle que veas".

Tarea difícil. No es lo mismo tomar un lápiz y papel y describirse asimismo en diez palabras, que navegar en tu propia mente, y dar detalles de aquellas visiones que, traducidas a tu nivel dimensional se vuelven imposibles de descodificar en su estado real de su paralelismo actual.

Pero ya estaba allí y estaba decidido, no podía, no quería, no necesitaba dar un paso atrás. La misión era avanzar y descubrir "qué" o "quien" ocupaba ese espacio en su mente que, estorbando en lo espiritual se traducía en una piedra, (literal), en el mundo material.

Y caminó.

"Veo rostros", dijo Ángelo, mientras caminaba por aquel largo y angosto pasillo, "...veo rostros colgados en la pared, en viejos retratos... parecen que me observan, como señalándome con sus miradas..."

Primero una, luego dos, y finalmente todo el pasillo se adornó de grandes retratos con personajes ajenos a la vida de Ángelo que, detenidos en aquellos muros, definitivamente le observaban.

"Se siente extraño... sus miradas... siento que me conocen pero yo nunca les había visto..."

"¿Estás seguro?" preguntaba la voz.

"¿Seguro de qué, de si me conocen, o de si nunca los había visto antes?", respondía en tono irónico Ángelo.

"Es, relativamente, lo mismo... pero, ¿cuántas personas no ves a diario y finges no conocer? ¿cuántas veces no pasas por el lado de alguien y

vuelves la mirada con el fin de no saludar?".

Ángelo caminaba justo al medio del pasillo mirando hacia ambos lados. Cada vez aparecían colgados más retratos en la pared. Rostros que miraban. Sin darse cuenta, aquellas miradas se inclinaban y las cabezas de estos giraban lentamente como vigilando cada paso que Ángelo pronunciaba.

Y se detuvo. Justo en frente de una. Quizás pudo reconocerla. Si, era la señora del servicio que cada día limpiaba el pasillo de aquel edificio.

Ángelo se aproximó a la imagen. La imagen sonrió.

Ángelo dio unos pasos atrás, como asustado. Pero la imagen levantó la mano y dijo adiós, sonriente.

En ese instante nuestro amigo recordó en donde estaba: en ese rincón de su mente que reservaba los rostros y las miradas sin importancia, por lo menos para él. Porque el cerebro no inventa los rostros, los guarda cuando en algún momento nos pasan por el frente; luego podemos verlos, en los sueños, en los Deja Vú, hasta cuando inventamos algún personaje de ficción en un cuento, o novela, o guión de cine.

"Nada es real" dijo, medio murmurado.

"¿Nada es real porque está en tu mente, en tu imaginación, en tu consiente no consiente?" dijo la voz.

"Bueno, no necesariamente irreal. Pero, si estoy en mi mente, esto es parte de mí, por lo que no me lastimaría", agregó Ángelo, ya un poco más seguro de sí mismo.

"¿No te lastimaría? Si lo que está en tu mente no te causa molestia, o algo relacionado, entonces ¿qué fuiste a buscar, qué esperas encontrar?", añadía la voz.

"Tú dímelo... porque si yo lo supiera no estuviera aquí, deambulando como un fantasma en estos pasillos aprisionados de mi mente".

Pero la voz, al escuchar esas palabras, respondió en tono molesto: "¿Aquí...? Te recuerdo que donde estas es justo dentro de ti, ese lugar que aunque no lo desees lo llevas contigo a todas partes. No puedes, si no es contigo mismo, ir o venir; puedes deshacerte de todos, menos de ti mismo".

Ángelo avanzaba sin poner atención a aquellas palabras, y miraba los rostros en la pared. La voz, de momento, le irritaba y la expresión en su

rostro lo hacía sentir.

"¿Por qué no te callas y me dejas avanzar?", dijo Ángelo mientras llegaba al final del pasillo y un viejo ascensor aguardaba por él.

"Porque no podrás regresar sin mi ayuda", enfatizaba la voz.

Ángelo, como queriendo evadir las palabras de la voz se focalizaba en lo que tenía frente a él, "no recuerdo esto" dijo, "¿No recuerdas qué?" preguntó la voz, "este ascensor, no recuerdo que en este viejo edificio hubiese un ascensor?".

Pero la voz se molestó al escuchar esas palabras y su tono, en lo adelante ya no fue igual.

"¿Aun no te queda claro en dónde estás? ¿O es que acaso todos los días puedes ver rostros colgados en la pared en retratos de antaño que te miran y te saludan? Deja de pensar en ti aunque estés en tu propia dimensión. Lo que existe, lo que guardas dentro de ti, existe, lo guardas porque antes existió en el mundo exterior."

Pero Ángelo se irritó, sintió que esas palabras eran un reproche que a título personal la voz se aquejaba en él.

"Cállate, así no me vas a ayudar", grito Ángelo.

"Podría jurar que estas a punto de decir que no necesitas mi ayuda".

Ángelo presionó el boto del ascensor para que abriera, y de inmediato la puerta abrió, pero Ángelo no entró, se quedó paralizado mirando, desde el pasillo, aquel interior del ascensor.

"¿Por qué no entras?", dijo la voz. "¿Por qué no entras...? ¿por qué no entras?, insistía.

Ángelo dio un pasó atrás y pensó en volver. Pero escuchó otra voz, y otra más, y otra que se sumaba: "Entra ya", repetían. Resonaban esas palabras en su cabeza, como el eco de una vieja campana, pero el retrocedía.

Entonces volvió la mirada hacia aquel angosto y largo pasillo, queriendo encontrar con ella la puerta por donde salió, y en lugar de eso se encontró con aquellas personas que antes se colgaban en retratos en la pared pero que ahora estaban de pies en medio del pasillo aquel mirándole y gritándole "Entra ya".

Ángelo retrocedió. No quiso enfrentar aquello que, incesantemente repetía las mismas palabras en su mente. Comprendió que cuando se teme a lo

desconocido, aún y teniendo claro que si enfrentas ese temor, podrás encontrar solución, respuestas. En su defecto, para el ser humano, lo mejor es abandonar, dar un paso atrás y tratar de comenzar de nuevo, cuando lo correcto es avanzar. El temor no importa, siempre estará presente, pero hay que avanzar, e ir aprendiendo en esa marcha.

Ángelo miró hacia el ascensor. Pudo ver que la puerta comenzaba a cerrarse, entonces, sin pensarlo dos veces corrió hacia el.

Mientras corría el pasillo se retiraba y el ascensor parecía cada vez alejarse más.

La primera puerta, fue abierta por él, la segunda cuando se abrió él rechazó la oportunidad de entrar, y cuando quiso hacerlo parecía imposible alcanzarla.

Pero hizo el esfuerzo, y cuando la puerta se cerró pudo colocar su mano para impedir que así pasara. Luego utilizó las dos, un poco de fuerza y logró abrir las puertas nueva vez; y sin pensarlo, entró.

Una vez dentro, se dejó caer de espaldas para quedar de frente a las puertas, y, mientras las puertas se cerraban, levantó su mirada, y allí, de frente, en medio del largo y angosto pasillo, aquellas personas que le motivaron a entrar, se regresaban a sus retratos colgados en la pared.

Capítulo 3

UNA NIEBLA DE MENTIRAS

Las puertas del ascensor finalmente se cerraban. El ambiente era traslucido. Una breve luz iluminaba apenas lo necesario como indicando con claridad de en qué lugar exacto se encontraba nuestro amigo. Sus ojos miraron hacia arriba, buscando el marcador de los pisos, pero nada había. Luego buscaron, mirando hacia los ambos lados del costado de las puertas, los botones que permiten seleccionar hacia que piso quieres ir; solo había un botón, que no tenía numeración. No había botón para abrir la puerta o para activar la alarma.

"Tienes pocas opciones", le dijo la voz.

"Ah, ¿volviste?, pensé que habías decidido dejarme solo?", expresaba Ángelo mientras trataba de buscar, infructuosamente, algún otro interruptor dentro de aquel viejo elevador.

Pero la voz repetía "Tienes pocas opciones, por no decir que ninguna, ¿te recuerda algo eso?".

"Ummm, sí, claro, la vida misma... es como el tren que te lleva a todas partes y terminas en ningún lado", expuso.

"¿Qué harás entonces, accionar tú o esperar que sea el destino que lo haga por ti?", replicó la voz.

"¿Qué piensas tú qué debo hacer?", pregunto Ángelo.

Entonces hubo un segundo de silencio que también se abordó sobre aquel ascensor. Pero un segundo después la voz dijo: "si quieres tener resultados diferentes, no hagas siempre lo mismo".

"Eso ya lo había escuchado antes", fueron las palabras de Ángelo al tiempo que presionaba el botón solitario aquel.

En seguida el ascensor se puso en marcha. Lentamente, pero aumentando su velocidad cada segundo más.

Ángelo no pudo diferenciar en qué dirección se movía, si hacia arriba, hacia abajo, izquierda o derecha. Pero sentía el impulso que ya había tomado, era como una caída en el vacío, sin gravedad.

Pronto el corazón de Ángelo comenzaba a acelerarse al mismo ritmo que aquel ascensor. Ya no podía con los latidos que resonaban en su pecho, la respiración comenzaba a caducar. Su cuerpo flotaba, no sabe en qué

dirección pero su reflejo pudo verse en uno de los muros de aquel estrecho lugar, se vio asimismo, recostado en el sofá del consultorio, agitado. Intentó alcanzarse, tocarse, pero cuando quiso, el ascensor, sin más, se detuvo.

El cuerpo de Ángelo cayó al suelo, estrepitosamente. Y quedó inconsciente en su propia conciencia.

Varios segundos pasaron y Ángelo no reaccionaba.

Entonces la voz grito bien fuerte: "Levántate". Y Ángelo al instante reaccionó. Abrió sus ojos y trató de colocarse en pies al instante. Pero aún sumergido en su propio vacío, y tragado en lo que imaginaba que era su respiración, no pudo hacerlo, no con el impulso que deseaba. Entonces, luchó. Luchó con eso que le incapacitaba colocarse de pies. Sabía que levantarse estaba en su propio deseo de querer y poder. Sabía que seguir el camino solo dependía de él.

Pronto se arrastró hasta llegar a uno de los extremos del estrecho cajón aquel, y se apoyó firmemente, con una mano, luego con la otra, luego, y en ese mismo orden, le indicó a una de sus piernas para que accionara, luego la otra, pronto su equilibrio recobró el sentido y, con esfuerzo, valientemente, logró estar erguido nuevamente, frente a frente a la puerta. Allí volvió a respirar profundo, o el intento confuso de hacerlo, indicando, con mucha claridad, que ya estaba listo para el siguiente nivel.

Entonces, las puertas del ascensor, se abrieron.

Ángelo ciñó su mirada. Al parecer pensó que algo que anhelaba encontraría al abrirse las puertas del ascensor; en lugar de eso, una niebla, tan densa como su duda, ocupaba todo el lugar, pero, respetaba el espacio aquel dentro del ascensor y se detenía exactamente al borde de la puerta.

"Aquí vamos de nuevo", dijo la voz, "estas pensando otra vez si caminar en la niebla, así como pensaste abrir la puerta para salir del consultorio; así como pensaste caminar por el pasillo; así como pensaste entrar en el ascensor, ahora te quedas pensativo y la duda te invade, no sabes si salir o no salir, luego que tanto deseaste que la puerta se abriera".

"Imagino a donde me trajo el ascensor", expresó nuestro amigo.

"¿Si? ¿A dónde?", preguntó la voz.

"A todas partes, y a ningún lugar. Es hacia donde voy por no tener claro que quiero de la vida", murmuró Ángelo.

"¿Por qué piensas así?", preguntó nuevamente la voz.

"Porque, aunque busco respuestas, quizás las conozco, nadie se conocer mejor que uno mismo, solo que, en ocasiones, hay cosas que no queremos ver", dijo Ángelo sin que su voz se quebrase.

"¿Por eso no quieres salir, no quieres encontrarte con la verdad que oculta la niebla, o quizás con su mentira? Hay cosas que en ocasiones, es mejor dejarlas como y donde están", dijo la voz.

En aquel momento el silencio regresó, y se apoderó de nuevo del lugar.

Ángelo respiró, en su intento, porque estaba seguro de que lo hacía y volvió a erguir su cabeza, como indicando "yo puedo hacerlo"; y así, sin más, lo hizo; salió de aquel ascensor con una oración ya conocida en su boca: "pues prefiero una verdad que duela, a una mentira que ilusione".

Ya pronto estaba fuera del ascensor y quiso caminar sin temor. Pero la niebla rápidamente lo envolvió al grado de que no podía verse ni a sí mismo, pero eso no le impedía caminar.

Por un momento pensó que no había nada que ver. Que lo que estaba oculto en la niebla quería quedarse así, oculto. Pero pronto, el autoengaño que quería provocarse encontró su final. Fue cuando tropezó con un sillón, muy parecido a ese que el mismo estaba recostado en aquel consultorio psiquiátrico. Pero no era él quien estaba postrado allí.

"¿Emmy?" dijo, "¿Qué... qué haces aquí...?". Pero pronto el sillón aquel siguió de largo y se perdió en la niebla. Ángelo quiso seguirle y no pudo darle alcance, no pudo verlo más. En su lugar volvió a tropezarse con algo más, o más bien con alguien más.

"¿Quiénes son?" preguntó la voz.

"Amigos", respondía con tristeza Ángelo, "... amigos que siempre me buscan porque solo necesitan algo de mí".

"¿Amigos falsos?", preguntó la voz

"Si, amigos falsos..."

"¿Los que cambiaste por los amigos verdaderos, pensando que con ellos crecerías, lograrías lo que anhelabas de la vida y se te olvidó que es difícil cosechar amigos de verdad, entonces te olvidabas de los puros y regresar con ellos se hizo difícil", señalaba la voz mientras que la niebla ocultaba aquellas personas con las que Ángelo se había tropezado.

Y luego siguió su camino, entre la niebla, la niebla que reflejaba verdades en medio de las mentiras.

"Duele", dijo Ángelo, "la verdad duele".

"Es lo que dijiste", dijo la voz, parece que sabías lo que ibas a encontrar.

Pero la niebla habló, en ese preciso momento. Difusamente se lograba ver la familia. Distantemente se lograba ver alguna que otra vanidad. Borrosamente se lograba distinguir el éxito y al ver tantas irrealidades, cosas falsas en un mundo verdadero, Ángelo comprendió que su vida parecía una mentira y desesperado, quiso escapar de la niebla y comenzó a correr.

Ángelo corrió, corrió desmesuradamente. No quería dirigir su mirada hacia ninguna lado, fue tanta la descarga de verdades que su mente no pudo asimilarlas todas, más si las descargas de mentiras, como si la mente humana estuviese hecha para eso: para mentir. Quizás sean nuestra naturaleza, nacemos con ella. ¿Quién le enseña a un niño a mentir? Mentimos por todo, hasta para no hacer sufrir a las personas que queremos. Pero, sobre todo, en el camino a las respuesta de la vida, nos mentimos a nosotros mismos, para evitar el ocaso de cada fracaso, de cada nuevo comienzo, disfrazado, de cada final feliz, que finalmente, como ha llegado a su fin, no es más que tristeza.

Y en ese instante, Ángelo, quería escapar de todo. Y corría.

Capítulo 4

CONTRACORRIENTE

Ángelo corría, corría sin volver la mirada. Quería escapar de aquella niebla.

En un instante, justo cuando quiso mirar atrás, sus pies no encontraron el suelo, y comenzó a caer. Tuvo esa misma sensación que cuando estaba dentro del ascensor: caía, pero no sabía en cual dirección, si arriaba o hacia abajo, si de izquierda o si a la derecha. Pronto, la sensación cambio, solo caía. Vio la niebla desvanecerse mientras caía; vio su cielo pasar; un hermoso paisaje se reflejó desde lo alto; el verde pasto; las altas montañas; la brisa en su rostro; entonces, cuando quiso contemplar todo aquello, se precipitó a caer y en medio de un embravecido rio fue a parar.

Ángelo luchaba por salir a flote. Apenas sus manos lograban alcanzar la superficie. Aquella corriente era más fuerte que él, o por lo menos, en ese instante, eso pensaba.

Su visión, prácticamente se nublaba por el disturbio de las aguas, a penas asomaba la cabeza para respirar de vez en cuando. Ya no controlaba el lugar hacia donde quería ir, el rio, arrastrándolo con sus fuerzas, lo llevaba por doquier consigo, sin importar, sin preguntar.

Para Ángelo era como ver desvanecer el pensamiento. Si le nacía una idea la corriente del rio la arrastraba con él y se olvidaba, rápidamente. Pronto comprendió que era más fácil ir a favor del rio que luchar contra él, así logró mantenerse a flote y salvar lo que en ese instante pensó que era su vida.

Pronto, logró alcanzar un extremo, y la rama de un árbol que colgaba sobre el rio, le ofreció su ayuda. Se sostuvo de ella para no dejarse seguir arrastrando, entonces quiso alcanzar la orilla para salir de aquel caudal.

El rio comenzó a arreciar. Pero Ángelo se sostenía fuerte de aquella rama. Miró a todas partes, no tenía pensamiento alguno, simplemente era parte de la corriente. Se dispuso pues, a salir definitivamente de allí, pero, al mirar a la orilla, vio que la niebla, la que había dejado atrás, comenzaba a posarse lentamente sobre las peñas del rio, y ya no había un espacio vacío que no estuviese envuelto por la niebla, salvo aquella rama que le sostenía, ya ni el árbol que estaba en la orilla lograba verse, la niebla avanzaba.

Pensó soltarse de la rama, pero, al mirar la corriente, y ver hacia donde se dirigía, solo alcanzaba a ver la niebla que venía. Su pensamiento volvió hacer lo que antes fue, en ese momento, y supo que tenía que luchar, era

eso, o caer en las redes ilusorias de aquella niebla de engaños, que era, precisamente, hacia donde le llevaba la corriente.

Cerró los ojos. Pensó en lo difícil que sería nadar contra la corriente, "¿a donde iría?", se preguntó, no podía imaginar que había algo más allá. Solo sabía una cosa: si se dejaba llevar, hacia donde le arrastraría la corriente. Ya conocía lo que acaecía detrás. Delante, estaba, posiblemente, la respuesta.

Entonces, sin pensarlo más, se lanzó. Y comenzó a nadar en contra de la corriente. Las fuertes aguas golpeaban su cuerpo como con la intención de deshacerlo, y por un momento podían arrastrarlo un poco. Pero Ángelo tiraba un brazo, y luego el otro, y luego una vez y otra más. Lentamente avanzaba. Sabía que no podía parar, no había lugar para un respiro, ni para un descanso. Un segundo tan solo que descuidara y sería parte de lo mismo. Escuchó zumbir el agua en sus oídos, parecía decirle "ríndete", pero Ángelo, braceaba. Braceaba sin parar, sus fuerzas, las que necesitaba, estaba en su corazón, en su pasión, en su deseo de seguir y avanzar y nunca rendirse.

Pronto, ignoraba el dolor, ese que le causaba el cansancio y los golpes de las aguas del río. No había tiempo para mirar atrás, pero tampoco olvidarse de lo dejado. El pasado podía darle alcance y morir, irremediamente, en él. ¿Y para que morir o vivir en el pasado si la vida se vive en el presente?

Una brazada, otra más, ya casi. El río gritaba más intenso. Sentía decir "olvidalo, no podrás", y a los odios de uno que sentía haber perdido tantas veces, era, el revés de una desmotivación, era algo inspirador.

Pero el río no se deba por vencido tampoco, y comenzaba a jugar un poco sucio. El agua ya era turbia, tan gris que era imposible mirar. Luego, no solo el agua golpeaba el cuerpo de Ángelo, objetos extraños salidos de la nada comenzaron a bollar y uno que otro golpeaba a nuestro amigo. Era esquivarlos, nadar, no dejarse golpear, nadar, no dejarse golpear. Y en un desespero más, el último intento, su cuerpo se estrelló contra las piedras del fondo de aquel río, y quiso desmayar. Pudo sujetarse fuerte a una de ellas y, afincando bien sus pies, saltó, una última brazada fue suficiente para caer en el yacimiento. Entonces vio, olió, atrapó la paz.

El agua era tan cristalina que prácticamente es imposible de describir. Y profunda. Daba vértigo. Pero pronunciaba paz. El sonido envolvente de aquella naturaleza parecía marcar un tiempo inexistente, esa clase de segundos que no pasan.

Ángelo solo asomaba su cabeza sobre el agua y un poco exhausto,

respiró.

Observó luego la belleza de aquel lugar, el azul intenso del cielo, el verdor audaz de aquella pradera colgada al horizonte y las indescriptibles cristalinas aguas de aquel manantial.

"Lo logré", se dijo. Luego, placido, sonrió. Una risa le invadió. Tomó del agua que le envolvía. Nadó, se hizo amigo de aquel lugar y dejó que su cuerpo flotara sobre el agua, para dejar su mirada fija al firmamento. Colocó sus brazos por detrás de su cabeza y cruzó sus piernas. Aquel lugar no solo era hermoso, era delicioso. Y justo en ese instante, Ángelo, luego de luchar y batallar, se sintió confiado, y se olvidó de su propósito, de su viaje. Se olvidó de seguir, peor aún, se olvidó de regresar. Y cerró sus ojos para dejarse envolver completamente.

En silencio, el agua del río lo arrastraba, a otro cause. Pero Ángelo no podía notarlo. El agua, que comenzaba a zigzaguear su cuerpo, levemente, como el péndulo de un reloj vencido por el tiempo, lo atrapó, nuevamente.

Ángelo, despertó asustado, era la corriente, que le golpeaba fuertemente otra vez, entonces Ángelo, precipitado, comenzó a nadar igual que antes, con fuerzas.

Pero, pronto, algo extraño notó. Iba contra la corriente, pero no era necesario hacer esfuerzo alguno para avanzar en ella. El río, iba en una dirección, con fuerzas, y él en otra, sin hacer nada. Y, confiado, se dejó llevar.

Volvió su mirada al firmamento, las aves, el sol, y el intenso azul. "¿Estaba eso en su mente?" se preguntó en ese momento. "Sí, es parte de mí...", se dio respuesta para sí. Pero, aquel instante no fue para siempre, unos metros más adelante logró divisar una catarata, cuyas aguas no caían si no que, inversa, emanaban con fuerzas como una fuente, pero él, que flotaba en contra de la corriente, iba hacia ella, y no sabía lo que le sucedería, si iba a caer, e iba a flotar como el agua parecía flotar.

Su curiosidad no tardó en revelarse. Irremediablemente comenzó a caer por aquella cascada que, irónicamente, sus aguas, subían. Su cuerpo se perdió de entre las espumas que, a raíz de manantial, emanaban del origen. Y su cuerpo, se precipitó hacia la profundidad y no emergió más.

Capítulo 5

ESPEJISMOS

El cuerpo de Ángelo caía lentamente, como flotando, hasta el fondo de aquel manantial. Tocó en suelo. Él, no pudo sentir aquello. Estaba sumido en un desmayo.

Las aguas comenzaron a bajar. Y pronto, aquel lugar estaba seco. Cuando Ángelo abrió los ojos, se percató de donde estaba, recordó por un instante en lo que minutos atrás había vivido, y quiso levantarse de golpe. ¿Cómo había llegado allí? era la pregunta que rondaba su cabeza.

Antes de colocarse en pies, tirado en el suelo, miró hacia todas partes, estaba en una especie de burbuja de cristal. Miró el suelo en donde estaba sentado y vio su reflejo, estaba sobre un espejo. Todo el lugar estaba forrado de espejos, o quizás era un solo espejo.

Pronto se levantó, mirando extrañado la forma de aquel rincón. Era un espacio heptagonal, cada espejo era un lado. Luego, miró hacia arriba y logró ver que no solo el piso era un espejo, el techo también.

Organizó sus ideas, prácticamente, e intentó recobrar el control de sí.

Caminó, tímidamente, hacia uno de los extremos de aquel lugar, en dirección a uno de los espejos, curiosamente, no había reflejo alguno en ellos. Hasta que, ya bien cerca, pudo tocarlo.

Al tocar el espejo, una imagen aparecía, primero degradada, luego tan clara como las cristalinas aguas del manantial aquel.

"¿Emmy?"

Si, era Emmy, otra vez, pero en esta ocasión no estaba sola, sus dos hijas estaban con ella.

Ángelo sonrió al verlas, pero ellas apaciguaban tristes sus miradas. Ángelo no podía entender porqué o más bien, no quería comprender.

Emmy y las niñas levantaron una mano cada una para señalar algo. Ángelo volvió la mirada para ver que estaban indicando ellas y logró ver en el otro extremo, en el espejo opuesto, que algo se iba reflejando también.

Ángelo quiso volver a mirar a donde estaba Emmy y las niñas, pero, se

desvanecieron.

"No... esperen... no se vayan..."

Pero sus palabras fueron inútiles. Luego, se regresó para caminar, lentamente, en dirección hacia donde estaba el reflejo que le habían indicado su familia que tenía que mirar. Llegó hasta el y contempló la imagen que lentamente aparecía.

Era él, sentado en su viejo sillón, recostado, tomando notas, de frente a un mueble vacío, en donde se suponía que debía de estar un paciente. El reloj que colgaba en la pared comenzaba a caminar, y daba vueltas y vueltas, todas sus manijas, sin parar.

Ángelo no comprendía lo que observaba. Y se alejó. Camino de espaldas, mirando fijamente aquella imagen, hasta que chocó con el espejo siguiente.

Una hermosa habitación se reflejó, toda de blanco, con una cama inmensa en medio y dos amantes sobre ella. Era él, pero la joven a quien amaba no era Emmy. Rápidamente se alejó y buscaba el otro espejo. La conciencia de su verdad se reflejaba en cada uno. Autocontemplaba su existencia misma, inexistente en su realidad, pero que estaba presente, queriendo ocultarlas.

Allí, al siguiente pudo ver su ira, tiraba todo lo que tenía sobre su escritorio al piso, golpeaba el teléfono una y otra vez. No pudo contemplarse por mucho tiempo y fue al otro y al siguiente, y en cada uno solo estaba él, esclavo del mundo, de sí mismo, de los placeres de la vida, del deseo, del poder, codiciando, envidiando, todo, menos con los verdaderos valores de la vida.

Presto en una desesperación por no aceptar lo que contemplaba de sí mismo, comenzó a dar vuelta en aquel lugar, para ver si algo nuevo se reflejaba, pero no, entonces agitó su desesperación y daba vueltas, y vueltas. Ya pronto en aquellos reflejos se lograba ver a un hombre que, abatido, no aceptaba el reflejo de sí mismo. Luego, lo que lograba ver era su verdadero yo. Fue cuando se detuvo. Los reflejos también. Y entonces se aproximó a uno de ellos, más los reflejos quedaban inmóviles, solo observando.

Al ver que los reflejos solo observaban volvió al centro de aquella burbuja, y dio unas vueltas más, esta vez sobre el mismo eje. Se detuvo. Lleno de ira se abalanzó sobre uno de los cristales y con una fuerte patada le derribó, el espejo se quebró en mil pedazos, pero Ángelo no pudo evitar caer dentro de él.

Capítulo 6

EL LABERINTO DE LOS OLVIDOS

Ya toda su mente era un laberinto. Quizás, y precisamente por eso, fue que decidió emprender aquel viaje dentro de sí mismo. Allí estaba, un portal más. Tirado en el suelo, esta vez era grama, luego de atravesar la dimensión aquella de los espejos. "¿Quién era? ¿Qué era?" Las preguntas encontraban formas. De momento esa era el clavo incrustado en la herida, para encontrar soluciones no era necesario solo hacer las preguntas, sino más bien el cómo hacerlas.

Una de sus manos empuñó lo que sentía, tirado en el piso la hierba fresca apaciguó su caída, y luego de unas caricias al verde pasto, apretó su puño y desprendió un poco de la grama. Abrió su puño y miró como la brisa se llevaba lo poco que pudo quitar del suelo.

Entonces levantó su mirada. Y logró ver lo que a primera vista parecía ser un inmenso jardín. Tan inmenso casi hasta donde podía llegar su mirada. Con la pequeña peculiaridad de en ambos extremos había dos muros levantados, altos, tan altos casi hasta donde podía llegar su mirada; hechos de hierba, de hileras colgantes, de enredaderas, así como Los Jardines Colgantes que siempre imaginaba en sus sueños.

Entonces, caminó entre los muros aquellos. Miró atrás una vez más para recordar el lugar exacto en donde comenzó a caminar y logró ver la burbuja de cristal, con la grieta que él mismo le causó. Pronto dobló a la derecha, luego hizo una izquierda, luego una derecha y una izquierda más. Logró ver una puerta, esta vez no lo pensó dos veces, le abrió. Pero lo que había detrás de ella le impresionó. Era el pasillo aquel en donde estaban los rostros colgados en la pared. Cerró la puerta y siguió su caminar.

Hizo una izquierda, dos derechas, parecía que daba vueltas en círculo y allí, alcanzó a ver una puerta más, muy similar a la anterior. Caminó hacia ella y la abrió. Una intensa niebla era dueña de ese entorno. Rápidamente, sin pensarlo mucho, cerró la puerta.

Siguió su camino, corrió de vez en cuando, una izquierda, dos derecha, dos izquierda, todo el lugar era el mismo, pero un tanto diferente a la vez.

De frente, una puerta más. Le abrió, y desde ella pudo ver las torrenciales aguas del río. Repasaba lo mismo, era como si el pasado, ese que estaba clavado en su mente, le perseguía. Y le invadió la duda. "¿Repetir lo vivido?", dijo. "¿Cruzas por una de estas puertas y navegar nuevamente por esos escombros del pasado?", añadió. "Pero, tonto sería que

conociendo mi historia estaría dispuesto a repetir mis errores. Pero, ¿acaso no es eso lo que me ha pasado toda la vida? Como un círculo vicioso la historia viene y va, me alcanza, la vivo, y como si fuera ayer la tiendo a repetir, una y otra vez, no puedo, tan solo dar un paso más, un paso distinto".

Y caminó. Rápido. Y corrió. Más rápido aún. Daba vueltas sin parar. Entonces se encontró con la burbuja de cristal y vio el espejo roto. Se atemorizó, parece que la vida le exigía repetir y repetir. Encontró otra puerta, y otra más, la niebla, el río, el pasillo, la burbuja de cristal, nada llevaba algún lugar, todo llevaba al mismo punto.

Entonces corrió, y corrió, sin pensar. Las puertas le pasaban por el lado y ni las miraba. Y ya, allí, cuando no tenía fuerzas para correr, al quedarse sin aliento, se detuvo. Se inclinó un segundo para respirar y apoyó una de sus manos en la pared aquella para tomar fuerzas, y la mano, se hundió poco a poco entre aquella enredadera.

El la retiró, asustado. Pudo sacarla. Pero instantáneamente supo lo que tenía que hacer. Fue cuando se abrió camino por entre la pared, mezclándose con la enredadera. Entró en ella sin pensarlo y caminaba, se hizo camino, las fuertes ramas lastimaban su piel, pero no importaba, avanzaba por entre ellas. Por un momento, aquello, parecía no tener fin.

Capítulo 7

EN EL DESIERTO

Las manos de Ángelo encontraban el vacío. La inmensa enredadera había llegado a su final, por fin. Ángelo, con su gran esfuerzo al empujar y hacer la inmensa fuerza que ejercía para abrirse camino, no se esperaba eso e irremediablemente volvió a caer al suelo. Esta vez se encontró con una gran pila de arena. Pero no dudó en levantarse. Inmediatamente lo hizo, alzó su mirada y delante de él había un gran desierto que se extendía más allá de los límites de su vista.

Ángelo comenzó a caminar. Caminó largo tiempo. Caminó horas. Casi un día completo, (el tiempo en su mente, era tan relativo como su consiente lo imaginaba). A lo lejos divisó una tormenta de arena y él caminó hacia ella. Pronto la tormenta lo atrapó. Le impedía caminar pero, Ángelo ya estaba seguro de que lo único que tenía que hacer, si quería lograr sus objetivos, era avanzar, y eso hacía, avanzar. Pese a que la arena le golpeaba tan fuerte en su cuerpo como si fueran inmensas rocas.

La tormenta cesó.

Ángelo quitó la arena que había quedado en su rostro, en sus parpados, en su cabello. Y cuando volvió a levantar la mirada alcanzó a ver, en el horizonte mismo, un inmenso árbol, frondoso. Debajo, en su sombra, y mirando en la misma dirección hacia donde estaba Ángelo, una figura de pie, cubierta con un capucha que no le dejaba ver el rostro. Ángelo sintió curiosidad y comenzó a correr hacia él.

Ángelo llegó hasta donde estaba el árbol, pero la figura aquella que antes divisó no estaba. En su lugar, un anciano, sentado en un pequeño banco, con una mensa en frente y una tablero de ajedrez con algunas jugadas ya realizadas, aguardaba por él.

Ángelo lo miró, y el anciano sonrió.

"Ya se fue", dijo el anciano "Si te das un poco más de prisa podrás alcanzarlo."

Ángelo no dijo nada a las palabras del anciano, pero si se colocó justo encima de la colina en donde estaba el árbol y trató de ver en todo el desierto para ver si lograba dar con la figura aquella. No logró ver nada.

"¿Cómo puedo encontrarlo?", pregunto Ángelo.

"Esa no es la pregunta adecuada", dijo el anciano.

Ángelo, pensó unos segundos. Se sentó en el banco vacío que estaba de frente al anciano y que, aparentemente, estaba reservado para él.

El anciano hizo una jugada. "Jaque..." dijo.

Ángelo vio la jugada y sonrió. También hizo una jugada. El anciano volvió a mover una ficha. Ángelo nueva vez hizo lo mismo pero esta vez expresó: "Jaque mate".

Entonces el anciano dijo: "Ves, si juegas contra ti mismo conocerás siempre la jugada siguiente".

Ángelo extrañó su mirada y la levantó para mirar al anciano, pero el anciano lo distrajo mirando hacia el horizonte, justo detrás de Ángelo.

Ángelo, rápidamente se volvió para ver lo que el anciano miraba y allí estaba la silueta aquella, de espaldas, en el mismo hilo del horizonte, con una capucha que le cubría todo el cuerpo y no le dejaba ver el rostro. Entonces, aquella figura, comenzó a caminar.

Ángelo al ver que caminaba, se levantó rápidamente, y corrió hacia él. Pudo ver que le daba alcance. La figura, se sentó, justo en medio de aquel desierto, como a esperar por Ángelo.

A sus pasos, Ángelo se tropezó con algunos objetos inesperados. Eran recuerdos. A lo lejos vio un niño llorar. Un poco más allá vio un joven caer. La silueta de un soñador se desvanecía casi frente a él. Ángelo, corría, no quería perder el norte, algo, en su corazón le decía que todas sus respuestas, a sus confusas preguntas, se las proporcionaría aquella figura.

Una montaña de arena se atravesó en el camino. Ángelo subió por ella, y ya es cúspide, logró ver al hombre sentado, en medio de la nada, rodeado de la inmensa arena de aquel desierto, de espaldas, esperando por él. Ángelo descendió y corrió hasta la figura.

Unos pasos antes de llegar se detuvo y le habló.

"Amigo... ¿puedo hablarle...? Necesito hacerle unas preguntas..."

Pero el hombre aquel no respondía. Así que Ángelo se aproximaba hasta él pero mas tímidamente.

"Amigo", dijo una vez más Ángelo y al ver que nada decía, se animó a

tocarlo.

Cuando Ángelo colocó su mano en el hombro de aquel hombre, una fuerte briza lo golpeó a los dos. Era casi insostenible. Pero Ángelo se aferraba a estar de pie y con su mano sujeta en el hombro de la figura. Ángelo insistió: "Amigo..." Entonces, la figura volvió su mirada hacia Ángelo , y quitó la capucha que le cubría su rostro.

Ángelo pudo verle la cara.

Fue cuando tubo un encuentro consigo mismo. Era el mismo, la figura encapuchada. Ángelo miraba su propio rostro, al mirar al hombre. Entonces, aquel hombre le dijo a Ángelo, que fue decirse asimismo, con una voz de mando y temerosa: "ES HORA DE REGRESAR..."

Los ojos de Ángelo se abrieron asombrados. Al reconocer "la voz", era la voz que siempre le habló desde que aquel viaje comenzara. Pudo darse cuenta de toda la verdad. Entonces la briza arreció al punto tal que Ángelo no pudo sostenerse más y se dejó arrastrar por ella, con tantas fuerzas que volaba. Y fue succionado. Atravesó el desierto; el laberinto; la burbuja de cristal; el enfurecido rio; la densa niebla; vio como por su lado pasaba el viejo ascensor; atravesó el pasillo de los rostros colgados en la pared y fue a parar, de golpe, en el sillón en donde reposaba acostado.

Capítulo 8

EL DESPERTAR

Ángelo abrió los ojos, lentamente. De igual manera se levantó y se sentó en el sillón mismo en el que estaba acostado. Miró detenidamente a todas partes y notó que estaba solo. Miró el reloj que colgaba en la pared. 45 minutos pasaron desde que inició su terapia.

Luego, se colocó sobre sus pies y fue hacia la ventana. Miró, como de costumbre, por ella, y allí logró ver a todas esas personas que caminaban por las calles de la ciudad.

Unos segundos después fue a su escritorio y tomó en su mano el teléfono celular.

"¿Si? ¿Emmy? ¿Cómo estas amor?... ¿Puedes preparar a las niñas? Si, hoy llegaré más temprano y quiero que vayamos a cenar fuera.... no, no tengo un motivo especial, bueno, quizás si... me gustaría hablarte de un encuentro que tuve con un amigo... sí, me hizo ver algunas verdades... me hizo entender cuáles son los verdaderos valores, me abrió los ojos para aceptar que el problema más grande que tengo no es el mundo que me rodea, si no, yo mismo... pero eso es algo de lo que te hablaré esta noche, cuando cenemos juntos... ¿te parece...? Perfecto... besos, te quiero amor...."

Ángelo colgó el celular; luego buscó su maletín, se dirigió a la puerta, ya listo para marcharse, miró en todo el alrededor, sonrió, abrió la puerta y salió por ella.

Allí en el pasillo estaba haciendo sus labores la señora del servicio. Ángelo pasó por su lado y apenas la intento mirar. Pero pudo reconocerla. Recordó en ese instante aquel retrato en la pared que le sonrió y que le dijo adiós.

Entonces, sin pensarlo dos veces Ángelo se regresó para saludar.

"Disculpe que haya sido tan mal educado todo este tiempo, le paso por el lado y nunca le saludo, ¿cómo está usted hoy?"

La mujer sonrió al ver la actitud de Ángelo y dijo "Estoy bien doctor, gracias, ¿y usted?".

"¿Yo...? Mejor que nunca".

"Me alegro doctor... me alegro".

"Disculpe, ¿cómo fue que me dijo que se llama?" pregunto Ángelo con mucho interés.

"Lourdes", contestaba ella "Lourdes doctor, pero mis amigos me llaman Lumy"

"Gusto en conocerte de nuevo Lumy, usted llámame Ángelo"

Ambos sonrieron, Ángelo se despidió y siguió su camino, y doña Lourdes prosiguió con sus quehaceres, esta vez, con una sonrisa en sus labios.